

La legibilidad pública del cuerpo como condición del poder: una puesta en común de las perspectivas de Adorno y Foucault

Miguel Galé Argudo

Universidad de Zaragoza

Resumen

En el último siglo, la práctica totalidad de las corrientes y escuelas sociológicas (positivismo, teoría crítica, postestructuralismo) han concebido la naturaleza de su propio análisis como un análisis del lenguaje. Según el punto de vista asumido por dichas corrientes y escuelas, el lenguaje opera como el espejo en que se ven reflejadas las tendencias objetivas que atraviesan y articulan la sociedad. En aquellas corrientes sociológicas de inspiración marxiana (teoría crítica, posestructuralismo), las referidas "tendencias objetivas" se manifiestan en forma de relaciones, igualmente objetivas, de poder social. En nuestra ponencia nos detendremos a articular las relaciones reales o posibles que dichas corrientes de inspiración marxiana presentan entre sí, sobre todo a través del análisis de los planteamientos asumidos por dos autores clave en el siglo XX: por el miembro de la Escuela de Frankfurt Theodor W. Adorno, y por el autor postestructuralista Michel Foucault. La razón por la cual hemos elegido a estos dos autores radica en que ambos coinciden en plantear lo siguiente:

a) En señalar que el estado de cosas al que ha conducido la sociedad contemporánea ha terminado por demostrar que todo discurso opera como una estructura de poder; que la propensión política de corte marxiano para transformar las relaciones de poder social ha de estar mediada necesariamente por una explicitación hermenéutica de las aporías y contradicciones de los discursos socialmente instituidos, especialmente del discurso clínico (que para ambos autores adopta la forma del psicoanálisis).

b) En que el discurso clínico opera como un dispositivo orientado a producir individuos sujetos a determinados estándares culturales, así como a implementar estrategias de exclusión sobre aquellas subjetividades que no encajen con dichos estándares.

Una vez establecidas dichas relaciones, nuestro propósito será dilucidar bajo qué términos discursivos el análisis sociológico puede articular, para ambos autores, una propuesta de emancipación o transformación social.

Palabras Clave

Sociedad, Discurso, Poder, Teoría Crítica, Postestructuralismo.

La legibilidad pública del cuerpo como condición del poder: una puesta en común de las perspectivas de Adorno y Foucault

Adorno observa que la coacción ejercida sobre los sujetos en el llamado capitalismo tardío opera sobre un punto de inflexión en la erótica del discurso; una mutación, esto

es, en aquello que se refiere a las “posiciones posibles del deseo en relación con el discurso” (Foucault, 2009: 91). Adorno considera que, en el pasado, la “puesta en discurso” (Foucault, 1984: 20) del discurso mismo era resultado de una “privación” (Horkheimer, Adorno, 2005: 184). En efecto, el conjunto de “posiciones posibles” que el deseo pudiera mantener en relación al discurso era reducido y constreñido a una única posición: la de su negación. En el capitalismo tardío, la llamada “industria cultural” (Horkheimer, Adorno, 2005) pone punto final a esta constrictión, desbloqueándola, invirtiendo y alterando el orden de sus términos: el discurso se convierte en sujeto de “acción” y “escenificación” (Horkheimer, Adorno, 2005: 184), así como objeto de conversación, instrumentalización, clasificación, rechazo e imitación. Una pluralidad de posiciones del deseo irrumpe en relación con el discurso justo en el mismo momento en que, en una aparente paradoja, éste es sometido a una continua “estandarización y producción en serie” (Horkheimer, Adorno, 2005: 166), a un permanente proceso por el que se prescribe “exponer siempre de nuevo el objeto de deseo” (Horkheimer, Adorno, 2005: 184). De esta forma, la industria cultural impone que la erótica del discurso se manifieste obligatoriamente como “producción en serie del sexo” (Horkheimer, Adorno, 2005: 184), así como incita a que los sujetos adopten múltiples posiciones deseantes en relación a la producción normada de imágenes sexualizadas, a que aquéllos hablen continuamente de ellas y las discutan sin cesar, las imiten o rechacen, alineándose en una u otra específica modalidad discursiva, todas ellas anticipadas, por otra parte, en el propio “esquematismo” (Horkheimer, Adorno, 2005: 168) de la producción en serie. Así, “la conversación ya sólo trata de lo que figura en el catálogo de la omnipresente industria: informaciones superfluas sobre la oferta, la cáscara vacía del diálogo, cuya idea era encontrar lo que uno no sabía ya” (Adorno, 2008: 90); en este mismo sentido, “los productos mecánicamente diferenciados se revelan como lo mismo. [...] lo que los conocedores discuten como méritos o desventajas sirve sólo para mantener la apariencia de competencia y posibilidad de elección” (Horkheimer, Adorno, 2005: 168). En definitiva, “lo decisivo de hoy no es ya el puritanismo, [...] sino la necesidad intrínseca al sistema de no dejar en paz al consumidor, de no darle ni un solo instante la sensación de que es posible oponer resistencia” (Horkheimer, Adorno, 2005: 186) a la imposición que determina que los sujetos deban adoptar una u otra posición específica en relación al discurso. Los sujetos, a este respecto, hacen suya dicha imposición y, de manera espontánea, la reproducen sobre sí mismos. Adorno afirma así que, frente a unas “relaciones humanas que no toleran la indefinición” (Adorno 2006: 47), “la libertad consiste en no elegir entre blanco y negro, sino en escapar de toda alternativa pretablecida” (Adorno, 2006: 137). La señalada proliferación discursiva acompaña por tanto a un proceso de individuación de nuevo cuño; un proceso por el cual, por una parte, los cuerpos son agrupados y divididos, clasificados y jerarquizados en función de la relación que éstos mantienen con el discurso; por otra, a que esos mismos cuerpos interioricen y reproduzcan espontáneamente y sobre sí mismos los esquemas clasificatorios impuestos previamente: “Distinciones enfáticas, como aquellas entre películas de tipo a y b o entre historias de semanarios de diferentes precios, más que proceder de la cosa misma, sirven para clasificar, organizar y manipular a los consumidores. [...] Las diferencias son propagadas y acuñadas artificialmente” (Horkheimer, Adorno, 2005: 168).

A través de un detallado estudio de fuentes, Michel Foucault demuestra en su primer volumen de Historia de la sexualidad que las raíces de este punto de inflexión en el “ré-

gimen de poder-saber-placer” (Foucault, 1987: 18) es preciso situarlo en el siglo XVIII, momento en que la modernidad conoce un fenómeno de “explosión discursiva” (Foucault, 1987: 25) en torno al sexo. Los rasgos esenciales de este fenómeno son trasponibles, *mutatis mutandis*, a lo que según Adorno ocurre durante la fase tardía del capitalismo; a saber, “la multiplicación de discursos sobre el sexo en el campo de ejercicio del poder mismo: incitación institucional a hablar del sexo, y cada vez más; obstinación de las instancias del poder en oír hablar del sexo y en hacerlo hablar acerca del modo de la articulación explícita y del detalle infinitamente acumulado” (Foucault, 1987: 26). La peculiaridad de ésta multiplicación discursiva en torno al sexo radica por tanto en la exhaustividad y precisión de su registro, en que tanto el objeto del discurso como, sobre todo, el sujeto del mismo son localizados y situados a una escala microfísica. Para Foucault, esta exhaustividad es provocada por la pérdida del monopolio de la confesión por parte de los rituales de penitencia católica así como por su secularización, generalización y propagación a través de las disciplinas médicas, pedagógicas y judiciales, institucionalizándose así la relación médico-paciente a través de todo un aparato de control y examen del cuerpo: “la confesión fue y sigue siendo hoy la matriz general que rige la producción del discurso verídico sobre el sexo” (:79) A través de la confesión, la subjetividad se vuelve legible, descifrable; nace, en suma, la “codificación clínica del <<hacer hablar>>: combinar la confesión con el examen, el relato de sí mismo con el despliegue de un conjunto de signos y síntomas descifrables (Foucault, 1987: 82)”. Las posiciones del cuerpo y del deseo en relación al discurso se tornan a estos efectos universalmente legibles en tanto que clasificables por el registro médico (psicoanalítico, para más señas) además de manipulables mediante prácticas clínicas orientadas a normalizar el cuerpo y a diferenciarlo de sus variantes patológicas: “el dominio del sexo ya no será colocado sólo en el registro de la falta y del pecado, del exceso o de la transgresión, sino [...] bajo el régimen de lo normal y lo patológico [...]” (Foucault, 1987: 85).

Justo este mismo fenómeno; esto es, la íntima correlación entre el conocimiento exploratorio del cuerpo, la proyección sobre él de una exhaustiva y pública legibilidad basada en el criterio de lo normativo, así como la instrumentalización de aquél, es expuesta, también por Adorno, como un rasgo indisociable de la práctica psicoanalítica: “el imperio de la cosificación y de la norma se expande así hasta abarcar su extrema contradicción: lo supuestamente anormal y caótico. Lo inconmensurable se vuelve de este modo conmensurable, y el individuo apenas es ya capaz de acto alguno que no sea susceptible de figurar como ejemplo de ésta o aquélla constelación públicamente reconocida” (Adorno, 2006: 71). Es justo este fenómeno de “cosificación” de la anormalidad, de conversión en conmensurable de lo que de suyo no lo es, lo que Foucault expone como un proceso de paulatina “incorporación de las perversiones” a los esquemas clasificatorios de las disciplinas; un proceso que a todos los efectos pone en marcha una “nueva especificación de los individuos” (Foucault, 1987: 56). Así pues, el punto de inflexión que tanto para Adorno como para Foucault distingue a las prácticas coactivas de la modernidad es el siguiente: la coerción consistente no tanto en reprimir y contener la proliferación discursiva y la multiplicidad deseante como en ponerla en marcha e incentivarla; y ahora nos preguntamos: ¿a fin de qué? A fin de que, con ello, se desplieguen de forma simultánea y, en un juego dialéctico, dispositivos inéditos de reglamentación de los cuerpos y las multiplicidades: dispositivos de agrupación, separación, jerarquización y control. Como dice Foucault, “la mecánica del poder

que persigue a toda esa disparidad no pretende suprimirla sino dándole una realidad analítica, visible y permanente [...]” (Foucault, 1987: 57). En un sentido muy similar, Adorno afirma que “lo particular se crea maliciosamente de la eliminación de lo particular”, que “en todas partes” esa misma mecánica del poder “lo multiplica” (Adorno, 2006: 146) a fin de engendrar con ello la contradicción que legitimará el orden, de hacer posible esa “cualidad de lo excluyente, de lo particular” inherente “a las organizaciones que lo ajustan todo” (Adorno, 2004: 414). El habla de los cuerpos se convierte a todos los efectos en el objeto sobre el cual las prácticas coercitivas del interrogatorio y la confesión hacen presa; siendo la incitación institucional a hacer estallar el discurso el elemento indispensable desde el cual poner en marcha el proceso de normativización y exclusión; de individuación, en suma. Dicho esto, La formación de una industria cultural en el capitalismo tardío establece un cierre al respecto de cualquier posible fuga o desviación en relación con dichos dispositivos de normalización, pues una idea clave que se desprende del análisis de Adorno es que el criterio que separa lo normal de lo patológico o lo perverso no lo decide la propia clínica, en función de claves esotéricas propias; antes al contrario, (y en coherencia con lo diagnosticado por Foucault acerca de la publicitación del discurso en torno al sexo) dicho criterio es públicamente reconocido a través de los estereotipos que produce la industria cultural, así como a través de las prácticas públicas que denotan el grado de conformidad, interiorización y perpetuación que los sujetos mantienen respecto de los supuestos ideológicos cifrados en dichos estereotipos. La disciplina clínica asume de antemano dicho criterio invirtiéndolo en la producción de individuos “sanos” o, dicho de otra forma, individuos que hubiesen interiorizado “la exhortación a la felicidad en la que coinciden el científico entusiasta que es el director del sanatorio y el nervioso jefe publicitario de la industria del placer” (Adorno, 2006: 68). Adorno relata dicho proceso de interiorización en los siguientes términos:

En lugar de tomar sobre sí la labor de autognosis, los adoctrinados adquieren la capacidad de subsumir todos los conflictos bajo conceptos como complejo de inferioridad, dependencia materna, extroversión e introversión, que en el fondo son poco menos que inútiles. El horror al abismo del yo es eliminado mediante la conciencia de que no se trata más que de una artritis o de sinus troubles. De este modo, pierden los conflictos su aspecto amenazador. Son aceptados; pero en modo alguno dominados, sino encajados en la superficie de la vida normada como elementos inevitables de la misma. Simultáneamente son absorbidos como un mal universal por el mecanismo de la inmediata identificación del individuo con la instancia social, mecanismo que desde hace tiempo ha definido las conductas presuntamente normales. (Adorno, 2006: 70)

El despliegue de categorías que lleva a cabo el psicoanálisis (complejo de inferioridad, dependencia materna, extroversión e introversión) acompaña pues al proceso por el cual es preciso “convertir el deseo, todo el deseo, en discurso” (Foucault: 29), a costa incluso de que las palabras que se empleen en dicha formulación “deban ser cuidadosamente neutralizadas” (Foucault: 29); esto es, de que su carga deseante y conflictiva quede anulada y su, en palabras de Adorno, “aspecto amenazador”, invisibilizado. El resultado de ello, no obstante, será la “solidificación regional” (Foucault: 57), la cosificación de sujetos o la reducción y estandarización de las posiciones deseantes. Las características propias de lo particular quedan a este respecto petrificadas, congeladas en tanto que, según el pasaje

anterior, se constituyen como “elementos inevitables” de un orden que reconoce la transgresión en la medida en que la hace conmensurable y la localiza en un régimen de signos cuyas claves de interpretación estuvieran ya dispuestas de antemano. A este respecto, Adorno afirma que “las voces de los hablantes [...] hasta en su más imperceptible cadencia son reemplazadas por un mecanismo socialmente dispuesto (Adorno, 2006: 143)”. Es lo que Adorno denomina “la aceptación tenaz de lo externo carente de relación”, a la que se entrega “el propio psicoanálisis” durante el capitalismo tardío (Adorno, 2006: 71).

Según Adorno, por tanto, durante el capitalismo tardío, y como consecuencia de un proceso que Foucault sitúa en el siglo XVIII, el aumento de las posiciones posibles del deseo ocurre necesariamente al precio de imponer efectiva y heterónomamente sobre dichas posiciones registros visibles, esquemáticos y reductores basados en el binomio normalidad-desviación, salud-enfermedad. El proceso por el cual la pluralidad caótica es hecha legible bajo un orden reductor es interpretable por Adorno en los términos por los cuales el “enigma” de la subjetividad, ese “mecanismo secreto”, discursivo, que, según Kant, servía para preformar objetos específicos en relación a deseos específicos, “ha sido descifrado” (Horkheimer, Adorno, 2005 :169). La modernidad, a todos los efectos, hace germinar un proceso inédito hasta entonces por el cual las multiplicidades, espontáneamente, desean mantener con el discurso la relación específica que previa y anticipadamente, desde instancias administrativas, se les ha impuesto. Adorno interpreta este fenómeno en términos paradójicos, como un proceso de paulatina pérdida de sentido del habla toda vez que, simultáneamente, ésta es sometida a una saturación expresiva: “mientras las escuelas instruyen a los hombres en el hablar igual que lo hacen en los primeros auxilios a las víctimas de los accidentes de tráfico y en la construcción de planeadores, los instruidos se vuelven cada vez más mudos” (Adorno, 2006: 142).

¿Cómo interpretar a este respecto, este ejercicio de servidumbre voluntaria de nuevo cuño, que Adorno atribuye a las instancias de presión, estandarización y producción en serie desplegadas por la industria cultural? ¿cuál o cuáles han de ser las figuras que lo describan, que mejor puedan sacara la luz la fenomenología de las relaciones de poder que en dichos procesos residen? Foucault, tal que si el conjunto de su obra consistiese (en buena medida) en proponer modelos teóricos arrancados de la historia de la modernidad para situar el origen de los fenómenos concretos que Adorno analizara, acuña la figura del panóptico, o la tendencia conocida como panoptismo. Este constituye a nuestro juicio un modelo extrapolable a las relaciones de poder específicas del capitalismo tardío (esto es, tal y como Adorno las describe).

El panóptico, en tanto modelo imaginario arquitectónico diseñado por Bentham, es descrito por Foucault en su obra *Vigilar y castigar* del siguiente modo:

En la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta, con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa toda la anchura de la construcción. [...] Tantos pequeños teatros como celdas, en los que cada actor está solo, perfectamente individualizado y constantemente visible (Foucault, 2008: 203).

Esta metáfora arquitectónica hace referencia a una “máquina de crear y sostener una relación de poder independientemente del que la ejerce” (Foucault, 2008: 204); un dispositivo, en suma, que “automatiza y desindividualiza el poder” (Foucault, 2008: 205), que crea una modalidad de poder en la que lo esencial no es tanto que el detenido sea vigilado de forma efectiva como que éste “se sepa vigilado” (Foucault, 2008: 205). Las implicaciones de esta mutación en la modalidad del poder son a este respecto decisivas:

El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí mismo la relación de poder en la cual juega simultáneamente los dos papeles; se convierte en el principio de su propio sometimiento. Por ello, el poder externo puede aligerar su peso físico; tiende a lo incorpóreo; y cuanto más se acerca a este límite, tanto más constantes, profundos, adquiridos de una vez para siempre e incesantemente prolongados serán sus efectos: perpetua victoria que evita todo enfrentamiento físico y que siempre se juega de antemano. (Foucault, 2008: 206)

El prodigio logrado por la industria cultural es interpretable a través de la figura del panóptico; siendo aquél el fenómeno por el cual los cuerpos “hacen jugar espontáneamente sobre sí mismos” la coacción impuesta por el propio ordenamiento espacial del panóptico; pues efectivamente, dicha coacción, en referencia al capitalismo tardío, no sólo se concreta en el mero acto de transmisión de supuestos ideológicos llevado a cabo por los mass media; sino sobre todo en que dichos dispositivos de saturación ideológica se despliegan en función de un determinado orden en los tiempos y sirviéndose de unas determinadas relaciones microestructurales establecidas entre los elementos que configuran la existencia cotidiana del individuo (la casa, el cine, el lugar de trabajo, la calle). La función de dicha relación microestructural es justamente la de crear un campo o “mundo de señales” (Foucault, 2008 : 170) que someta al individuo a dicho campo de visibilidad a la vez que de perpetua vigilancia y aislamiento. Así, en *Dialéctica de la Ilustración* pueden encontrarse pasajes que, en estrecha coincidencia con las tesis Foucault acerca del panoptismo, expresan esta idea: “El progreso separa literalmente a los hombres [...] las paredes de vidrio de las modernas oficinas, las salas enormes en las que innumerables empleados están juntos y son vigilados fácilmente por el público y por los jefes no consienten ya conversaciones o idilios privados [...] los trabajadores están aislados en el colectivo” (Horkheimer, Adorno, 2005 :265).

El logro de la industria cultural, como el del panóptico, consiste a estos efectos en que el individuo acepte voluntariamente el régimen espacio-temporal al que le somete un orden que simultáneamente le coacciona, al reducir las posibilidades de su existencia a las únicas y precarias posibilidades de existencia que le ofrece su aislamiento impuesto: “los seres humanos se resignan a amar lo que tienen que hacer, sin ni siquiera saber que se están resignando” (Adorno, 2008: 88). La nueva estructura del panóptico sustituye pues a la influencia de los poderes externos, basados en el terror y en el principio de soberanía, y afianza las relaciones de dominio por medio de la constitución concreta del sujeto, de un sujeto configurado a través de una determinada distribución y aplicación microfísica de dispositivos orientados a la persuasión y el entretenimiento. Los fenómenos de automatización y

desindividualización del poder que Foucault señalara literalmente, son también rasgos que Adorno atribuye a la industria cultural, en tanto que ésta se constituye como mecanismo capaz de asignar siempre “un modelo para las formas de reaccionar a un estímulo inexistente” (Adorno, 2006 :208). De esta forma, el sujeto se convierte, en tanto precisamente que sujeto a un campo de visibilidad o campo de señales públicamente legible, “el principio de su propio sometimiento”. En perfecta sintonía con la tesis de Foucault, Adorno afirma en este sentido que “el despertar del sujeto se paga con el reconocimiento del poder en cuanto principio de todas las relaciones” (Horkheimer, Adorno, 2005: 64).

Dicho esto, ¿cuáles son las prácticas discursivas concretas por medio de las cuales el individuo, en el capitalismo tardío reproduce “por su cuenta” (en la expresión de Foucault) el campo de visibilidad definido en la geometría del panóptico? Líneas arriba mencionamos la conversación, la discusión, la transgresión socialmente controlada, la imitación, etc, justamente respecto los supuestos ideológicos suministrados a través de la oferta de consumo estético y por medio de un campo de señales micrológicamente localizado. Sin embargo, nuestra pregunta va ahora dirigida a saber cuáles es ese “mínimo hilo” (Adorno, 2010: 305) que hilvana todas esas prácticas a través de “caprichosos entrelazamientos” (Adorno, 2010: 305); esto es, dónde reside el intercambio o campo mínimo de señales que, “a modo de fugaces y huidizas indicaciones” (Adorno, 2010: 305) denotase la conformidad, la reproducción y perpetuación que el sujeto “por su cuenta” hubiese hecho de las coacciones estructuralmente dispuestas. Este intercambio o campo mínimo de señales reside en el acto discursivo de la risa como reacción ante el sufrimiento ajeno (y por ende, ante el sufrimiento propio); esto es, en la constitución de un deseo cuya relación con el discurso es vida sólo únicamente en tanto “placer que se experimenta en el mal ajeno [...]” (Horkheimer, Adorno, 2005: 185). La proliferación de la risa, de la carcajada institucionalmente provocada a través de la presentación por parte de los mass media de lo clasificado como perversión, como anormalidad, en términos humillantes, denota justamente la constitución de un nuevo tipo de relación de poder que “pone la renuncia jovial en el lugar del dolor” [...] (p.186), que se hace tanto más efectiva cuanto más ligero, invisible y ubicuo es el poder que la mantiene:

La risa, reconciliada o terrible, acompaña siempre al momento en que se desvanece un miedo. Ella anuncia la liberación, ya del peligro físico, ya de las redes de la lógica. La risa reconciliada resuena como el eco de haber logrado escapar del poder; la terrible vence el miedo alineándose precisamente con las fuerzas que hay que temer. Es el eco del poder como fuerza ineluctable. (Horkheimer, Adorno, 2005: 185)”

La desaparición del temor de toda relación de poder objetiva (“la risa reconciliada”) implica en efecto que aquello que había sido objeto de coacción es ahora a la vez sujeto (“la risa terrible”). El panóptico, en su modalidad tardocapitalista, encuentra en un simple acto, en un mero trayecto, siendo este no otro que el acto de reír en respuesta al mal ajeno, el “poder de amplificación” (Foucault, 2008: 211) que hace posible la multiplicación y reproducción de jerarquías. A través de la automatización de la risa en cada acto cotidiano que pudiera desempeñar el individuo, el panóptico encuentra así el medio de su propia reproducción, y el poder la forma de perpetuarse en la historia como destino, “como fuerza ineluctable” ante la cual nada se puede hacer. En este punto, Adorno incorpora a su propio

análisis el planteamiento que Fromm elaborara a propósito de la formación del carácter sadomasoquista en el capitalismo tardío (Wiggerhaus, 2011:194). Efectivamente, El individuo atrapado por las redes panópticas experimenta el “placer masoquista de no ser más un yo” (Adorno, 2006: 71) sólo en la medida en que puede reír sádicamente de las situación por la cual a los otros, de la misma forma, se les priva de su libertad. El individuo que ríe, a este respecto, señala dos cosas, la primera, que ha interiorizado el sistema de señales regido bajo el binomio normalidad-anormalidad distribuido a escala microfísica puesto que el objeto de sadismo no es otro que el anormal ; la segunda, que el propio individuo que ríe cifra su comportamiento bajo ese mismo campo de señales, en este caso, acogándose de forma masoquista a la normalidad, a las prescripciones psiquiátricas orientadas a la diversión y al goce estético prescrito en los términos (que por otra parte persiguen reproducir las conductas sádicas) en que lo hace propia industria cultural. Las posiciones del deseo, a este respecto, se ven constreñidas de nuevo en la medida que éstas sólo pueden ser concebidas y expresadas en el marco de una relación de poder que encuentra los medios de su perpetuación mediante la reproducción controlada de sus antagonismos. Tanto Adorno como Foucault, en definitiva, coinciden en presentar la sociedad contemporánea como el lado sombrío de la totalidad en que se hubiese realizado la razón dialéctica en su marcha sobre la historia. La posibilidad ética y política, no obstante, de hacer revertir dicha dinámica no deja de estar presente en la obra de ambos autores, si bien nuestra intención no sea por ahora recogerla en estas líneas.

Bibliografía

ADORNO Th. W. (2004), *Escritos sociológicos I*, Madrid, Akal.

____ (2006), *Minima moralia. Reflexiones sobre la vida dañada*, Madrid, Akal.

____ (2008), *Crítica de la cultura y sociedad I*, Madrid, Akal.

____ (2010), *Escritos filosóficos tempranos*, Madrid, Akal.

FOUCAULT M. (1987), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI.

____ (2008), *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI.

____ (2009), *Arqueología del saber*, Madrid, Siglo XXI.

HORKHEIMER M. ADORNO Th. W. (2005), *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta.

WIGGERHAUS R. (2011), *La Escuela de Frankfurt*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.